THE SHOES



FERDINANDO

GILLETTE MAN, LOS ZAPATOS

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA?

Era el 10 de noviembre de 1984, a las 9:30 de la mañana. Mi padre abrió la puerta de mi habitación, dejó entrar la luz y dijo: «Nando, los Carabinieri están en la puerta preguntando por ti. ¿Qué coño has hecho?».

«Papá», le dije, «¿me estás tomando el pelo? Déjame dormir. Llegué tarde esta mañana. Melania me dejó destrozado ayer».

«¿Quién coño es Melania? Levanta el culo, lávate la cara, vístete y sal aquí. Habla con ellos y averigua qué quieren». «Vale, ya voy».

El mariscal Posca y el vicebrigadier Patanè revisaron mi documento y luego me dijeron: «Si no te presentas el 17 de noviembre en la Escuela de Tropas Acorazadas Ferrari Orsi de Caserta para cumplir con el servicio militar obligatorio, la Fiscalía Militar emitirá una orden de arresto mañana a primera hora. Vendremos a buscarte y te llevaremos a la cárcel».

Los miré y les dije: «¿Quieren un café? Me acabo de despertar. Vuelvo enseguida y me cuentan la segunda parte de esta película. Son graciosos, tengo que decirlo».

Mi padre les hizo un gesto a los militares para indicar que yo estaba loco, y se detuvieron. Cuando volví de la cocina, pregunté si debería haber recibido una cartilla de llamada a filas. Tenían un recibo firmado por mi madre, que en ese momento estaba en el trabajo.

Sin perder un segundo más, me disculpé por el malentendido y les aseguré que estaría allí el día indicado, listo para ponerme esa ropa que llevas durante doce meses hasta que caduca como un yogur.

Me preparé. La noche en que me fui, mi padre se despidió con un gesto del brazo. Cuando le pedí que añadiera algo a mis pocas liras —el equivalente a diez euros de hoy—, me dijo: «Hazlas durar. Recibirás 60.000 liras al mes. Es todo lo que tendrás para vivir».

Mi madre fingió estar dormida y no contestó. A las 23:45, mi amigo Oreste vino a mi casa en el Fiat 850 de su padre —su padre trabajaba en los ferrocarriles— y me llevó a la estación. Entonces no entendía el comportamiento de mis padres. Lo que hacían me parecía normal. Esa fue mi primera verdadera lección.

Llegué a Nápoles a las 6:10 de la mañana siguiente y luego tomé un tren a Caserta. En la estación pregunté cómo llegar al cuartel y caminé otros treinta minutos hasta la puerta. Me presenté al oficial de guardia, que dijo: «Otro que llega tarde, reemplazo 9/84». Entraba en una casa nueva. La dejaría un año después.

Me mandaron directamente al almacén. Me entregaron una mochila, dos pares de botas de combate —unas bajas y otras altas—, un cinturón, calcetines de lana, dos platos de campaña, una taza, una

cantimplora, una caja de acero para medicinas, zapatillas, uniforme de camuflaje, una gorra, un uniforme de gala, un fez para el cuartel, dos pares de calzoncillos sacados directamente de la Primera Guerra Mundial y dos camisetas interiores de lana de manga larga. Sonreí, sin imaginar todavía cuánto me salvarían la vida esas camisetas.

Me sentía como dentro de una película. Salí silbando, y un oficial que venía hacia mí me detuvo y me puso dos días de castigo por no haberle saludado. El destino decidió que pasaría cuarenta y ocho horas confinado en mi litera, sin ver a nadie.

Dos mañanas seguidas me tocó limpiar las letrinas: los retretes después de que 280 hombres hubieran cagado, y no todos habían conseguido acertar dentro. No me dio asco. Eso también era el servicio militar. Tenía que ver y aprender que no todos cagan del mismo color, y no solo por la comida.

Al cabo de una semana vino a verme un compañero de un pueblo cercano al mío. Se llamaba Franco Nicolò, reemplazo 5/84. En la vida civil era representante de una marca de zapatos famosa en todo el mundo. Le caí bien. A los cuarenta días consiguió un permiso de cuarenta y ocho horas para mí y volamos a casa juntos en su coche. Ocho horas de carretera, pero valió la pena.

En casa, mi madre me preguntó si me había escapado. Esperaba librarse de mí durante mucho más tiempo. A medianoche del domingo, Franco me recogió y emprendimos el viaje de vuelta.

Al subir, me dijo que sujetara entre las piernas una garrafa de cinco litros de vino. Era para su mariscal, una manera de ganarse su favor. Pero cuando llegamos al cuartel estábamos borrachos. Enseguida nos dimos de baja por enfermedad dos días.

Luego un oficial amenazó a Franco en público. Franco le respondió: «En cuanto salgamos del cuartel, te pego un tiro». El oficial lo hizo arrestar y juzgar por un consejo de guerra. Le cayeron sesenta días de prisión militar.

No volví a verlo allí, porque me trasladaron a otro sitio. Pero cuando terminó ese tiempo, a menudo nos veíamos cerca del trabajo y comíamos juntos, recordando el vino del mariscal.

Había abierto zapaterías de autoservicio y el negocio iba bien. Cada vez que pasaba a comprar algo, me trataba como a un rey: descuento sobre descuento. Pero solo yo sabía que él era mejor vendedor que yo. Nunca dije una palabra. Yo ya era un GILLETTE MAN.

CENTRO DE INSTRUCCIÓN DE RECLUTAS

Empezó la instrucción: desmontar y volver a montar un fusil, luego otro, luego una pistola. Limpiarlos. Marchas, carreras, descansos, el comedor, los servicios básicos del cuartel, el comedor de tropa, el de suboficiales y el de oficiales.

Era Navidad, las nueve de la noche, un frío helador. Esas camisetas de lana fueron una salvación, sobre todo cuando empezamos las primeras guardias. Luego nos premiaron con quince días de guardia en el polvorín. Lavarse era un espejismo. Dentro de los calzoncillos ya no distinguías un parásito de la suciedad, ni un lunar de un piojo.

La temperatura era de locos: treinta bajo cero. Mear era imposible: se congelaba, e ibas por ahí con una estalactita de orina colgando de la polla. Jajajajaja.

Y si se te ocurría siquiera dormirte, te arriesgabas a castigo y cárcel. El problema no era adónde ir: estábamos de guardia justo allí, entre presos y fábricas de municiones.

Una tarde libre, estaba a cierta distancia del casino de oficiales. Veía llegar al baile a mujeres preciosas y perfumadas con sus oficiales, que irradiaban encanto y poder. Y empecé a entender la dificultad que debió de afrontar mi padre a los veintidós años, tras dejar el servicio como capitán de caballería acorazada. CARROS DE COMBATE. Justo lo que se suponía que yo tenía que conducir, salvo que no cabía dentro de uno.

Pero una tarde el comandante de mi compañía me llamó para un servicio fuera. Tenía que acompañar a una mujer en coche hasta Nápoles. Nadie me dijo quién era. Lo supe después: era la hija del general que mandaba el cuartel.

La elección había recaído en mí, y nadie supo decirme por qué. Yo era un soldado; eran misiones oficiales, pagadas aparte. Pero el dinero no lo era todo.

Se llamaba Carla. Treinta y ocho años, nunca casada, nunca prometida. Decir que era guapa se queda corto: provocadora y traviesa, por decirlo suave.

Fue mi primera obra pené-fica, y no estuvo nada mal. Supe que volvió a buscarme, pero para entonces ya me habían trasladado a la compañía de atletas del Ejército. Jugaba al rugby y más tarde entré en la selección militar.

LOS ZAPATOS

Los zapatos son algo en lo que rara vez pensamos en serio, aunque importan muchísimo para el cuerpo y la mente. En aquella época importaba todavía más que fueran de cuero, el único material que te mantenía los pies secos y todo el cuerpo en marcha.

Nunca he gastado muchos zapatos. He tenido muy pocos y siempre he intentado arreglar los que tenía. Me importaba la función, no el aspecto. Puedes darle una patada en el culo a quien quieras con los zapatos que quieras, y nadie ve si llevan etiqueta de diseñador.

Hoy mi mujer me pide que paremos en una zapatería de autoservicio. Recuerdo que esa tienda fue una vez de Franco, mi compañero de la mili, y entramos.

Han pasado cuarenta años. Sigue igual, la misma distribución. Mientras mi mujer elige sus zapatos, me pasa las cajas para que se las sujete antes de ir a los bancos a probárselos.

Mientras tanto, una señora pregunta dónde está la sección de mujer y le indico el camino. Un señor pregunta si un zapato concreto está en el 41 y le digo que esa talla está agotada. Dos mujeres que se están probando zapatos me piden opinión y les digo que están maravillosas con esos pares.

Mi mujer no se da cuenta de nada. Durante veinte minutos, sin ni siquiera darme cuenta, me he convertido en el dependiente. Todos vienen a mí. A los hombres les contesto frío y mal, mientras que las mujeres reciben toda mi admiración por lo que eligen.

La caja se llena y casi colapsa. El dueño no entiende qué está pasando. Pagamos nuestros zapatos y salimos, pero antes le pregunto si conoce a Franco. «Sí», dice, «es mi padre». «Entonces salúdalo de mi parte».

Al salir, las mujeres me señalan y me saludan con la mano. Mi mujer sigue sin darse cuenta de nada.

El problema llega unas dos horas después, cuando mi hija quiere volver a la zapatería. Allí, el hijo del dueño me lleva aparte y me dice: «Señor Frega, no dije nada en la caja. No quería que los clientes lo oyeran y se montara una escena. Papá tuvo un accidente terrible en 2021, y en 2023 nos dejó».

Lo siento de verdad. Le cuento a su hijo una historia que viví con su padre, y me abraza fuerte, con lágrimas en los ojos.

Mi hija compra sus zapatos, paga y nos vamos. Al despedirse, el hijo me grita: «Venga a verme. Necesito vendedores como usted, que trabajen gratis». Y yo le digo: «No te has descargado mis libros, ¿verdad?».

Sonríe. Y la vida sigue.

Ferdinando